



Kyung-sook

Shin Por favor, cuida de mamá



DESTINO

Por favor, cuida de mamá

Kyung-sook
Shin

Traducción de
Aurora Echevarría

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1711

I

Nadie lo sabe

Hace una semana que desapareció mamá.

La familia está reunida en casa de tu hermano mayor, Hyong-chol, intercambiando ideas. Decidís imprimir volantes y repartirlos donde vieron a mamá por última vez. Lo primero que hay que hacer, todos estáis de acuerdo, es un borrador del cartel. Es una respuesta anticuada a una situación como esta, por supuesto. Pero poco puede hacer la familia de un desaparecido, y el desaparecido es nada menos que tu mamá. Solo podéis denunciar la desaparición, inspeccionar la zona y preguntar a la gente si ha visto a alguien que responda a esa descripción. Tu hermano menor, que tiene una tienda online de ropa, dice que ya ha puesto un aviso en internet explicando dónde desapareció; ha colgado su foto y ha pedido a quien la vea que se ponga en contacto con la familia. Quieres salir a buscarla adonde crees que podría estar, pero sabes cómo es ella: en esta ciudad es incapaz de ir sola a ninguna parte. Puesto que te ganas la vida escribiendo, Hyong-chol te encarga la redacción del volante. Te sonrojas, como si te hubiera pillado en falta. No estás segura de que tus palabras puedan ayudar a encontrar a mamá.

Cuando escribes «24 de julio de 1938» como la fecha de nacimiento de mamá, tu padre te corrige: dice que nació en 1936. En el registro oficial consta el año 1938, pero por lo visto nació en 1936. Es la primera vez que lo oyes. Tu padre dice que en aquella época todo el mundo lo hacía. Como muchos niños no superaban los tres primeros meses de vida, los padres esperaban unos años antes de registrarlos. Cuando estás a punto de cambiar «38» por «36», Hyong-chol dice que hay que poner «1938» porque esa es la fecha oficial. Tú no crees que sea necesaria tanta exactitud, solo es un volante casero, no estás en una oficina gubernamental. Pero, obediente, dejas el «38» y te preguntas si el cumpleaños de mamá es realmente el 24 de julio.

Hace unos años, tu mamá dijo: «No hace falta que celebremos mi cumpleaños por separado». Padre cumple años un mes antes que mamá. Tus hermanos y tú siempre ibais a la casa de vuestros padres en Chongup para los cumpleaños y otras celebraciones. En total sois veintidós. A mamá le gustaba que todos sus hijos y sus nietos se reunieran en la casa y armaran jaleo. Unos días antes preparaba *kimchi* fresco, iba al mercado a comprar ternera y hacía acopio de dentífrico y cepillos de dientes. Prensaba aceite de sésamo y tostaba y molía semillas de sésamo y perilla para daros un tarro a cada uno cuando os fuerais. Mientras esperaba a la familia se la veía muy animada y, cuando hablaba con vecinos y conocidos, sus palabras y sus gestos revelaban su orgullo. En el cobertizo guardaba botellas de cristal de todos los tamaños llenas de jugo de ciruela o de fresas silvestres que hacía cuando llegaba la temporada. Mamá tenía tarros llenos hasta arriba de un pescado pequeño fermentado parecido a la corvina, de pasta de

anchoas o de almejas fermentadas que pensaba enviar a la familia que vivía en la ciudad. Cuando se enteró de que la cebolla era buena para la salud, preparó jugo de cebolla, y antes de que empezara el invierno preparaba zumo de calabaza con regaliz. La casa de tu mamá era como una fábrica: elaboraba salsas, pasta de judías fermentadas y arroz descascarillado; preparaba cosas para la familia durante todo el año. En algún momento los viajes de los hijos a Chongup se hicieron menos frecuentes, y mamá y padre empezaron a venir más a menudo a Seúl. Y entonces empezasteis a celebrar sus cumpleaños fuera de casa. Así era más fácil. Luego mamá incluso llegó a proponer: «Celebremos mi cumpleaños con el de vuestro padre». Dijo que era un engorro celebrar los dos cumpleaños por separado, ya que caían en medio del caluroso verano, cuando ya hay dos ritos ancestrales que organizar con solo dos días de diferencia. Al principio la familia se negó, pese a la insistencia de mamá, y, si ella se mostraba reacia a venir a la ciudad, ibais unos cuantos a su casa para celebrarlo con ella. Pero pronto empezasteis a darle vuestro regalo el día del cumpleaños de padre. Hasta que al final pasasteis discretamente por alto el cumpleaños de mamá. Mamá, a quien le gustaba comprar calcetines para toda la familia, tenía en su cómoda una colección creciente de calcetines que sus hijos nunca se llevaban.

NOMBRE: PARK SO-NYO.

FECHA DE NACIMIENTO: 24 DE JULIO DE 1938
(69 AÑOS).

ASPECTO: MENUDA, PELO ENTRECANO CON
PERMANENTE, PÓMULOS MARCADOS; LA ÚLTIMA
VEZ QUE SE LA VIO LLEVABA UNA CAMISA

AZUL CELESTE, UNA CHAQUETA BLANCA Y
UNA FALDA PLISADA DE COLOR BEIGE.

LUGAR DONDE SE LA VIO POR ÚLTIMA VEZ:
ESTACIÓN DE METRO DE SEÚL.

Os cuesta decidir qué foto de mamá utilizar. Todos estáis de acuerdo en que debería ser la más reciente, pero no tenéis una foto reciente de ella. Recuerdas que a partir de cierto momento empezó a odiar que le hicieran fotos. Evitaba incluso los retratos de familia. La foto más reciente de mamá es una de toda la familia que se tomó en la fiesta del setenta cumpleaños de padre. Está muy guapa vestida con un *hanbok* azul pálido, peinada de peluquería y con los labios pintados de rojo. Tu hermano menor cree que en esa foto se la ve muy distinta de como era justo antes de que desapareciera. Dice que, aunque la imagen esté ampliada y sea de ella sola, la gente no la reconocerá. Comenta que, cuando colgó esa foto en internet, mucha gente le respondió: «Su madre es muy guapa, no parece el tipo de persona que puede perderse». Decidís que miraréis a ver si alguno tiene otra foto de mamá. Hyong-chol te dice que escribas algo más en el cartel. Cuando te quedas mirándolo, te pide que pienses alguna frase que toque la fibra sensible de la gente. ¿Palabras que toquen la fibra sensible de la gente? Cuando escribes: «Por favor, ayúdanos a encontrar a nuestra madre», dice que es demasiado simple. Cuando escribes: «Nuestra madre ha desaparecido», dice que «madre» es demasiado formal e indica que escribas «mamá». Cuando escribes: «Mamá ha desaparecido», opina que suena demasiado infantil. Cuando escribes: «Por favor, si ves a esta persona, ponte en contacto con nosotros», te grita:

—¿Qué clase de escritora eres?

No se te ocurre una frase que satisfaga a Hyong-chol.

—Tocarás más la fibra sensible de la gente —dice tu segundo hermano mayor— si pones que habrá una recompensa.

Cuando escribes: «Te recompensaremos generosamente», tu cuñada dice que no puedes ponerlo así, la gente solo hará caso si escribes una cantidad.

—¿Cuánto ofrezco?

—¿Un millón de wones?

—No es suficiente.

—¿Tres millones?

—Creo que sigue siendo poco.

—Entonces cinco.

Nadie se queja. Escribes: «Te recompensaremos con cinco millones de wones» seguido de un punto. Tu segundo hermano mayor dice que deberías escribirlo así: «Recompensa: 5 millones de wones». Tu hermano menor dice que pongas los «5 millones» en un cuerpo de letra más grande. Todos se comprometen a enviarte por correo electrónico una foto de mamá más actual, si la encuentran. A ti te queda la responsabilidad de añadir algo más al volante y hacer copias, y tu hermano menor se ofrece para recoger los volantes y distribuirlos entre toda la familia.

—Podríamos contratar a alguien para que reparta los carteles —propones.

—Hemos de hacerlo nosotros —dice Hyong-chol—. Podemos repartirlos cada uno por nuestra cuenta si tenemos tiempo durante la semana y todos juntos el fin de semana.

—¿Y esperas encontrar a mamá a ese paso? —te quejas.

—No podemos quedarnos con los brazos cruzados; ya estamos haciendo todo lo que podemos —replica Hyong-chol.

—¿A qué te refieres con que estamos haciendo todo lo que podemos?

—Hemos puesto anuncios en el periódico.

—Es decir, que hacer todo lo que podemos es comprar espacio publicitario...

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Mañana no vamos a trabajar y salimos a dar vueltas por la ciudad? Si así pudiéramos encontrar a mamá, lo haría.

Dejas de discutir con Hyong-chol porque te das cuenta de que estás presionándolo para que lo haga todo él, como siempre. Padre se queda en casa de Hyong-chol y cada uno se va a su casa. Si no te vas, seguiréis discutiendo. Lleváis así toda la semana. Quedáis para hablar sobre cómo buscar a mamá y de repente uno comenta las veces que alguno de vosotros había sido injusto con ella. Todo lo que habéis tapado o evitado cuidadosamente os supera de pronto, y acabáis gritando y fumando y os vais furiosos dando un portazo.

Cuando te enteraste de que mamá había desaparecido, preguntaste enfadada por qué no había ido nadie de vuestra gran familia a recogerlos, a ella y a padre, a la estación de Seúl.

—¿Y tú dónde estabas?

«¿Yo?» Cerraste el pico. No te enteraste de que mamá había desaparecido hasta cuatro días después. Os echáis mutuamente la culpa de la desaparición de mamá y todos os sentís heridos.

Al salir de la casa de Hyong-chol, coges el metro para ir a la tuya, pero te bajas en la estación de Seúl, donde desapareció mamá. Pasa mucha gente por tu lado rozándote los hombros mientras te abres paso hasta el lugar donde la vieron por última vez. Miras el reloj. Las tres. La hora a la que mamá se perdió. La gente te

empuja cuando te detienes en medio del andén donde mamá se separó de padre. Nadie se disculpa. Así debía de pasar la gente, dando empujones, cuando ella se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

¿Hasta dónde llegan los recuerdos de alguien? ¿Los recuerdos que tienes de mamá?

Desde que te enteraste de su desaparición, no has sido capaz de concentrarte en un solo pensamiento; te asaltan recuerdos largo tiempo olvidados que afloran inesperadamente. Y el arrepentimiento que nace con cada recuerdo. Hace años, unos días antes de que te marcharas de casa para ir a vivir a la gran ciudad, mamá te llevó a un puesto de ropa del mercado. Escogiste un vestido sencillo, pero ella cogió otro con volantes en las mangas y en el bajo.

—¿Qué te parece este?

—No —dijiste apartándolo.

—¿Por qué no? Pruébatelo. —Mamá, joven entonces, abrió mucho los ojos; no lo entendía. El vestido de volantes estaba a años luz de la toalla sucia que ella llevaba siempre alrededor de la cabeza, como cualquier granjera, y que le servía para secarse el sudor de la frente mientras trabajaba.

—Es infantil.

—¿Sí? —dijo mamá, pero sostuvo el vestido en alto y siguió examinándolo como si no quisiera dejarlo—. Yo que tú me lo probaría.

Sintiéndote mal por haber dicho que era infantil, añadiste:

—Ni siquiera es tu estilo.

—No —dijo mamá—. Me gusta esta clase de ropa porque no he podido llevarla.

«Debería haberme probado ese vestido.» Doblas las rodillas y te acuclillas donde mamá debió de hacerlo.

Unos días después de que insistieras en comprar el vestido sencillo, llegaste a esa misma estación con mamá. Agarrándote de la mano con fuerza, se abrió paso a grandes zancadas a través del mar de gente de un modo que habría intimidado hasta a los autoritarios edificios que se elevaban alrededor, y cruzó la plaza para esperar a Hyong-chol debajo de la torre del reloj. ¿Cómo podía haber desaparecido alguien así? Cuando los faros del metro iluminan la estación, la gente se precipita hacia delante y, tal vez irritada porque estás en medio, te mira de reojo mientras sigues acucillada en el suelo.

Cuando la mano de tu mamá se soltó de la de padre, estabas en China. Estabas con tus colegas escritores, en la feria del libro de Pekín. Cuando mamá se perdió en la estación de Seúl, estabas en un stand hojeando una traducción al chino de tu libro.

—Padre, ¿por qué no cogisteis un taxi? ¡Esto no habría pasado si no hubierais ido en metro!

Padre dijo que pensó: «¿Para qué coger un taxi si la estación de tren comunica con la de metro?». Cuando sucede algo, sobre todo si es algo malo, uno repasa mentalmente ciertos momentos. Y entonces piensa: «No debería haber hecho eso». Cuando padre dijo a tus hermanos que mamá y él podían ir solos a la casa de Hyong-chol, ¿por qué, a diferencia de las otras veces, tus hermanos los dejaron? Cuando tus padres venían de visita, siempre iba alguno a recogerlos a la estación de Seúl o a la Terminal de Autobuses Expresos. ¿Qué había empujado a padre, que cuando venía a la ciudad siempre se desplazaba en taxi o en el coche de algún familiar, a tomar el metro ese día en particular? Mamá y padre corrieron hacia el metro que acababa de llegar. Padre entró y, cuando miró hacia atrás,

mamá no estaba. Encima era sábado por la tarde y había mucha gente. La multitud apartó a mamá de padre y el metro se marchó mientras ella trataba de orientarse. Padre llevaba el bolso de mamá. Cuando se quedó sola en el andén, sin nada, tú salías de la feria del libro y te dirigías hacia la plaza de Tiananmen. Era la tercera vez que estabas en Pekín, pero nunca habías pisado esa plaza. Siempre la habías visto desde un autobús o un coche. El estudiante que guiaba a tu grupo se ofreció a llevaros allí antes de cenar y a tu grupo le pareció buena idea. ¿Qué debía de hacer tu mamá sola en la estación de Seúl mientras tú bajabas del taxi frente a la Ciudad Prohibida? Tu grupo entró en la Ciudad Prohibida, pero salió enseguida. Solo se podía visitar una parte; el resto estaba en obras y era casi la hora de cerrar. Todo Pekín estaba en obras, preparándose para los Juegos Olímpicos del año siguiente. Te acordaste de la escena de *El último emperador* en la que Puyi, ya anciano, regresa a la Ciudad Prohibida, donde había pasado su niñez, y enseña a un joven turista una caja que había escondido en el trono. Cuando abre la tapa de la caja, descubre que el grillo que había tenido de niño sigue dentro, todavía vivo. Cuando tú te disponías a ir a la plaza de Tiananmen, ¿tu mamá estaba perdida entre la multitud, recibiendo empujones? ¿Esperaba que fuera alguien a buscarla? La carretera entre la Ciudad Prohibida y la plaza de Tiananmen también estaba en obras. Viste la plaza, pero solo se podía acceder a ella a través de un intrincado laberinto. Mientras contemplabas las cometas que flotaban en el cielo de la plaza de Tiananmen, tal vez tu mamá se habría derrumbado, desesperada, en el andén, gritando tu nombre. Mientras tú contemplabas las puertas de acero abrirse y un escuadrón de policía

marchar levantando mucho las piernas y arriar la bandera nacional roja de cinco estrellas, tal vez tu mamá estaba vagando por la laberíntica estación de Seúl. Sabes que es cierto porque eso es lo que te dijeron algunas personas que se encontraban en aquel momento en la estación. Dijeron que habían visto a una anciana que andaba muy despacio y que a veces se sentaba en el suelo o se detenía al pie de la escalera mecánica con la mirada perdida. Algunos recordaban a una anciana que estuvo mucho rato sentada en el andén, hasta que se subió a un metro. Pocas horas después de que tu mamá desapareciera, tu grupo y tú cogisteis un taxi en la noche para dirigiros a la luminosa y animada calle Snack, donde, apiñados bajo luces rojas, probasteis un licor chino de 28 grados y comisteis cangrejo picante salteado en aceite de guindilla.

Padre se bajó en la siguiente parada y regresó a la estación de Seúl, pero mamá ya no estaba allí.

—¿Cómo pudo perderse solo porque no subió en el mismo vagón? Hay letreros por todas partes. Madre sabe cómo hacer una simple llamada de teléfono. Podría haber llamado desde una cabina.

Tu cuñada insistía en que debía de haberle pasado algo, que era absurdo que no hubiera encontrado la casa de su hijo solo porque no subió en el mismo metro que padre. A mamá le había pasado algo. Ese era el punto de vista de alguien que se empeñaba en pensar en mamá como en la mamá del pasado.

—Mamá puede perderse, ¿sabes? —dijiste, y tu cuñada abrió mucho los ojos, sorprendida—. Ya sabes cómo estaba últimamente —continuaste, y tu cuñada hizo una mueca como si no tuviera ni idea de a qué te referías.